

DERRIDA Y LA PREGUNTA POR LA CIUDAD

Carlos Mario Fisgativa¹
Guilherme Zamboni Ferreira²

Resumen

La pregunta por la ciudad convoca asuntos de relevancia no solo económica, ética, política, sino también arquitectónica y filosófica. Las ciudades se debaten entre su memoria y su porvenir, planteando la necesidad de decisiones, de planificación, de negociaciones e intervenciones que se inscriben en sus vías, en el trazado de sus espacios. Por eso, la construcción y planeación de la ciudad es un escenario de combate en el que se decide, sin conocer las posibles consecuencias, pero sin poder evadir la necesidad de tomar alguna opción. De allí la relevancia ética de esta invitación a pensar *la ciudad por venir*, lo que será heredado en el futuro por otras generaciones, así como las memorias de las ciudades, su pasado. Esto es posible desde la obra de Jacques Derrida, en la que se tratan las diversas configuraciones de aquello que se llama “ciudad”, del híbrido de modelos y dinámicas, económicas, tecnológicas, ecológicas.

Palabras clave: la ciudad por venir, memoria, deconstrucción.

Abstract

The question about the City summons not just relevant economic, ethical, political topics, but also architectural and philosophical ones. The Cities contend themselves between their memory and their future that impose the necessity of decisions, of planning, of negotiations and interventions that are inscribed on its roads, and in the tracing of its spaces. This is why the building and the planning of the City is a stage for struggles in which decisions are taken without knowing all their possible consequences, but without evading the necessity of taking any option. Here resides the ethical relevance of this call to think the *City to come*, what will be inherited in the future by other generations, and the memories of the cities, their past. This is possible from some of Jacques Derrida writings in which different configurations of what we call “City” (the hybrid of economical, technological, dynamics and ecological models) are questioned.

Keywords: city to come, memory, deconstruction.

El nombre: entre memoria y porvenir

Pensar la ciudad implica preguntarse por la memoria, la herencia y las ruinas de la ciudad que hacen parte de su historia, pero también por el futuro, por la ciudad y los ciudadanos por venir. Asimismo, nos lleva a considerar las diferentes capas, escalas y trazados temporales, materiales e históricos que se entrecruzan en cada ciudad. Las siguientes reflexiones están guiadas por aquello que Jacques Derrida plantea cuando es invitado a participar en foros acerca de la planeación, intervención o reconstrucción de ciudades como Berlín, Los Ángeles, Praga.

Al participar en el coloquio “Praga, Porvenir de una capital histórica”, en 1991, Derrida retoma a un escritor eminente de esa ciudad en la que la concurren diversas lenguas. Efectivamente, Kafka escribe en el horizonte de la lengua checa y la alemana, entre las cuales no es fácil determinar cuál es su lengua materna. En algunos cuentos de Kafka como *La muralla china* o *El escudo de la ciudad*, se trata acerca de la construcción incesante de la ciudad o de la muralla que se extiende por miles de kilómetros; ambas construcciones requieren de varias generaciones de personas para su consecución y parecen permanecer inacabadas o en ruinas debido a lo prolongado y ambicioso de estos proyectos. Lo anterior puede tomarse como una serie de alusiones que oscilan entre la ciudad de Praga y el relato babélico.

En ambos cuentos se habla de la construcción incesante y según un orden y deseo excesivo ante el cual todo es secundario. Esto contrasta con la lentitud para poner los cimientos o con la cantidad de tiempo requerida para la consecución de las obras. La construcción habitual y constante de cualquier ciudad ofrece alegorías del ejercicio de la planeación, pero también de la obra inacabada y reducida a ruinas.

Las alusiones a Babel no se deben solo la construcción y supuesta destrucción de la torre, sino a la correspondiente confusión de lenguas y pueblos. Babel supone la pluralidad de lenguas intraducibles, una historia de los nombres que no se reduce a la desmesura y la verticalidad. Por ello, dice Derrida: “La torre de babel no me interesa tanto por su valor arquitectónico, por su verticalidad, por su desmesura humana, sino por la historia de los nombres y de los nombres propios que allí se despliegan” (2015, p. 49). Asimismo, la colonización y la aculturación está implicada en la búsqueda de hacerse un nombre, de imponer un idioma universal. Es problemático aquel proyecto de llegar al cielo que supone la programación del destino de las generaciones futuras de aquel lugar, lo cual parece apropiado a una mentalidad calculadora como la de una una comunidad que quiere asegurar su supervivencia a partir de una situación contingente, pero en realidad cancela otras posibilidades. Ejemplo de esto se da en el cuento “*El escudo de armas de la ciudad*”, cuando se señala que hay un exceso de confianza en el progreso del saber que impide preocuparse por el futuro:

En este sentido no hay que temer por el futuro, pues antes bien, el saber de la humanidad va en aumento, el arte de la construcción ha hecho progresos y hará aún otros nuevos; un trabajo para el cual necesitamos un año, será realizado dentro de un siglo quizá sólo en seis meses y, por añadidura, mejor y más duraderamente (Kafka, 1975, p. 76)

Entonces, si el conocimiento de las nuevas generaciones siempre va a ser mayor, podría ocurrir que una generación posterior considerase que el trabajo de una generación previa era inadecuado y debería ser demolido, por ello, “pensamientos de este género paralizaban las fuerzas, y la edificación de la ciudad obrera desplazaba la construcción de la torre” (Kafka, 1975, p. 77).

¹ Profesional en filosofía - Universidad del Quindío. Magister en filosofía - Pontificia Universidad Javeriana- Doctorando em filosofía - Universidad de Buenos Aires – Conicet. E-mail: carlosmfisgativa@hotmail.com

² Arquitecto e Urbanista Ulbra-Canoas ; Master Degree in Theory and Practice of Architectural Design in ETSAB-UPC, Barcelona; Mestre em Teoria, História e Crítica da Arquitetura – PROPAR-UFRGS.

En la versión de Kafka, la construcción nunca avanzó hasta el final debido a luchas incesantes y a conflictos en la comunidad de los constructores, conflictos que crecieron junto con el saber y la destreza técnica. La ciudad se fue construyendo en torno al proyecto de la torre, la comunidad se estableció en torno al proyecto pero también a las disputas, “los vínculos mutuos eran ya demasiado fuertes para que se pudiera dejar la ciudad”(Kafka, 1975, p. 77). De manera que se renuncia al proyecto totalizador de la torre absoluta en favor de la ciudad, por ello, escribe Derrida:

Este exceso, esta multiplicidad de idiomas, de intérpretes y de naciones, estas guerras incesantes permiten pensar que la esencia de la ciudad está afuera o, más precisamente, que su esencia es otra que la de la torre. Renunciando a la torre capital, a la más alta ambición de una torre única, de una erección capital que toca el cielo, después de unas generaciones, una comunidad se forma en la renuncia misma y se toma la decisión de conservar precisamente la ciudad en vez de la torre imposible. Y esta decisión responsable se toma en nombre del porvenir. Se renuncia al proyecto totalitario de la torre, se derrumba la idea de la torre en el momento en el que se toma consciencia que aquello que cuenta es la apertura de la promesa y por lo tanto, el porvenir (Derrida, 2015, p. 133).

Se plantea así la cuestión de la responsabilidad y de la respuesta ante la ciudad, ¿cómo responde una ciudad?, ¿con qué título se asume esa responsabilidad?

Aquello que habremos de pensar hoy es el lugar en que estamos, nada menos. Esto es difícil. Es difícil pensar el lugar, la unidad del lugar, la identidad del lugar de una construcción necesariamente interrumpida, discontinua pero en el curso de la cual, es decir, su historia, un extraño contrato comunitario ha ligado y ligará a las generaciones de constructores/fundadores, el hecho del inacabamiento (la “insensatez” reconocida, dice Kafka, “de construir una torre que toca (el) cielo”) no los desalentará sino que al contrario los *obliga* endeudándolos, sujetándolos más al deber, responsabilizándolos más que nunca por el destino de la ciudad, como si la renuncia a la totalización fuera el origen de la comunidad (Derrida, 2015, p. 130).

Pensado a nivel ético o político, eso no implica la ausencia de responsabilidad o la inacción, por el contrario, supone el hacerse responsable por aquello que no se sabe con anticipación. Ya que la ciudad es más antigua que nosotros, es finita, mortal, y seguramente nos sobrevivirá. En suma, heredamos la ciudad que alguna vez será legada a los ciudadanos futuros, pero como en todos los casos, la herencia no se escoge. Toda responsabilidad y herencia remite a una serie de exigencias contradictorias, no solo para los expertos, técnicos o planeadores urbanos, sino también para los ciudadanos, ya que la ciudad no habla, pero impone y ordena, obliga a interpretar y traducir, enfrenta a problemas técnicos, políticos y éticos concretos que exigen soluciones y decisiones. Por ejemplo, qué conservar y qué no...

Dicho de otro modo, aquello que hace posible la comunidad viviente de las generaciones que viven y construyen la ciudad, cuya permanencia se extiende en la proyección misma de una ciudad a ser des-reconstruida, es la renuncia paradójica a la torre absoluta, a la ciudad total y que toca el cielo, es la aceptación de aquello que un lógico definiría, posiblemente, como un “axioma de incompletitud”. Una ciudad es un conjunto que debe permanecer indefinido y estructuralmente no saturable, abierto a su propia transformación,

según incrementos que alteran o desplazan cuanto sea posible la memoria de su patrimonio. Una ciudad debe permanecer abierta respecto a aquello que no sabe aún, aquello que será: se debe inscribir, como un contenido, el respeto por ese no-saber en la ciencia y en la competencia (habilidad, capacidad, jurisdicción) arquitectónica o urbanística (Derrida, 2015, p. 129).

Esto también es discutido por Derrida en un foro acerca de Berlín, evento en el que diferentes intelectuales y políticos son invitados a discutir acerca del futuro de la ciudad después de la caída del muro y de la designación de la ciudad como futura capital. Esto hace pensar en la necesidad de dejar abierta la posibilidad de que ocurran nuevas cosas, de no intentar resolver con antelación el uso de los espacios y la proyección de la ciudad, pues es necesario dejar abiertas posibilidades para los ciudadanos por venir, para la ciudad por venir y no reducir la ciudad a un programa. Aquí reside la importancia ética de las cuestiones que acabamos de plantear.

¿A qué llamamos ciudad?

Estamos ante un escenario en el que urbanismo y política se implican, se rempazan y hasta identifican. Efectivamente, los procesos de urbanización no se dan separados de las dinámicas políticas y económicas, lo que hace que las intervenciones físicas en la ciudad no sean neutras política o filosóficamente, pues la ciudad es el escenario de posibilidad y el resultado de tales transformaciones. Por lo tanto las cuestiones arquitectónicas y urbanísticas no son algo autoreferencial de interés solo para clientes o empresarios, para los expertos en esas áreas.

A esto se refiere Francisco Jarauta en la conferencia *La construcción de la ciudad genérica*, allí sostiene que el actual orden económico (globalizado) y político trasforma las condiciones de la reflexión sobre lo social y la acción política; haciendo que la ciudad sea el escenario complejo de las luchas sociales. En consecuencia, escribe Jarauta, “la arquitectura contemporánea es uno de los espacios en los que de forma más directa inciden los interrogantes acerca de la nueva civilización” (Jarauta, 2010, p. 232).

Cabe preguntarse ¿A qué modelo filosófico o antropoteológico corresponden las ciudades actuales y su proyección a futuro?

Derrida define tres aspectos de un modelo de ciudad que ha de ser cuestionado, a saber: la centralidad y los recorridos, también la posibilidad y necesidad del encuentro de hombres y mujeres que tienen una voz y lugar para reunirse, y en tercer lugar, la arquitectura como representativa, sea de su propia presencia (de su historia o de otras arquitecturas), así como de lo divino o de lo político. Este es un modelo en que la presencia es determinante, pues para hablar de lo público deben estar reunidos, así como para las conmemoraciones de ese orden: “De allí la presencia: reunión de los humanos en un cuerpo que les es propio, en el centro de la ciudad” (Derrida, 2015, p. 51). En consonancia con la insistente deconstrucción de la presencia llevada a cabo en diversas ocasiones (Derrida, 2005), al tratar sobre las ciudades Derrida no parte de la hegemonía del presente, de la identidad o del tiempo progresivo.

Pensar la ciudad es difícil por muchas razones. Difícil porque en realidad siempre ha sido imposible pensar la esencia general de la ciudad, es decir, aquello que en ella debería reducirse a algún ser-presente de su existencia, a alguna representación o alguna presentabilidad actual (una ciudad es una memoria y una promesa

que no se confunde jamás con la totalidad de aquello que es presentemente visible, presentable, construido, habitable) y, aquello que jamás se resume o subsume en eso, la singular esencia de cada capital (Derrida, 2015, p. 130).

Las ciudades dan lugar a temporalidades intempestivas, pues siempre está la tensión entre su pasado ruinoso y su futuro. Lo que se evidencia en la historia anacrónica que se estratifica en los muros, calles y redes de comunicación. Esto recuerda intempestividad del palimpsesto mencionada previamente al hablar sobre Kafka, pero hay que enfatizar que el espacio urbano superpone no solo tiempos sino también espacios con diversas materialidades, escalas y dinámicas (como en el *Scalling* de Peter Einsman).

El modelo que une la ciudad a lo arquitectónico mediante la representación, lo antropoteológico puede romperse por cuestiones demográficas, ecológicas, tecnológicas. La ciudad no es la misma al estar permeada por las infraestructuras de las telecomunicaciones: el internet, el teléfono, el transporte y las posibilidades de desplazamiento cuestionan la configuración del lugar propio de otros modelos de ciudad, que no necesariamente han desaparecido sino que se superponen. La ciudad ya no es el centro estratégico de acción, debido a otros escenarios de comunicaciones, de comercio y de sociabilidad, no es el lugar de la *res* o voz pública, sino un escenario alterado por las mediaciones y prótesis tecnológicas.

Por otra parte, los límites demográficos o fronteras políticas no son delimitables suficientemente; los marcos de la ciudad se ven excedidos por las migraciones, las conurbaciones o la expansión, las leyes que exceden los marcos territoriales (transnacionales) pero sobre todo por nuevos modos de comunicarse o transportarse. El diagnóstico de Derrida coincide en algunos puntos con otros autores que se ocupan de pensar la ciudad del siglo XX y XXI y que tienen al urbanismo moderno como centro de sus críticas; por ejemplo, un aspecto determinante del modelo de ciudad del urbanismo de principios del siglo XX es el tener recorridos regulados, trayectos repetitivos por la ciudad entre zonas que tienen usos determinados, lo que permite ir de casa al centro de encuentro o al trabajo.

Asimismo, la centralidad ha sido considerada un principio de ordenamiento de la ciudad, principio que es cuestionado por Derrida, por el arquitecto Rem Koolhaas, al igual que por el sociólogo y urbanista Françoise Ascher. Todos ellos coinciden en que el ordenamiento concéntrico no determina la dinámica urbana. De hecho, nos encontramos frecuentemente con que la posibilidad de acceso al centro geométrico de las ciudades es cada vez más complicado. Centro que se enfrenta la paradoja de conservar y adaptar constantemente el centro y también es difícil de habitar por las dinámicas laborales, comerciales culturales que lo hacen intolerable o peligroso en algunas ciudades.

La carta de Atenas de Le Corbusier (1933) es uno de los textos programáticos del urbanismo moderno, y fue gestado en el periodo de entreguerras. En este texto se sostiene que el urbanismo se ha de ocupar de la planificación de las ciudades para aliviar situaciones desfavorables que las aglomeraciones urbanas han generado. Para ello es preciso determinar las distancias y los emplazamientos, la distribución y uso de los espacios libres (Le Corbusier, 1993, p. 45). Igualmente hace bastante énfasis en la determinación de uso de los tiempos, en la higiene y la salubridad, que se derivan de mejores reglas de construcción que tengan en cuenta la ventilación, la cercanía a Zonas verdes y horas de sol diarias para cada ambiente (Le Corbusier, 1993, 59).

Los principios propuestos en *La carta de Atenas* buscan asignar a cada zona una función repetitiva y masificable, lo que supone la sincronía en el desarrollo de las actividades,

así como la simplificación de las rutinas y funciones en espacios concretos. Es de este modo que el urbanismo moderno aplica a las ciudades los principios tomados de la industria como la zonificación, especialización y masificación. Esto permite adaptar las ciudades a la sociedad industrial, aporta las reglas que condicionan el diseño de las viviendas y de la ciudad. A propósito de esto, escribe François Ascher:

La noción fundamental es la especialización: el taylorismo la sistematizará en la industria, en la que tratará de separar y simplificar las tareas para hacer su ejecución más rentable. El urbanismo moderno la pondrá en práctica desde finales del siglo XIX bajo la forma de zonificación, que más tarde Le Corbusier y la Carta de Atenas llevarán al límite (Ascher, 2007, p. 25).

Por su parte, Henry Lefebvre en *El derecho a la ciudad*, plantea críticas a este modelo. El autor se ocupa del proceso de industrialización en los siglos XIX y XX, así como de las implicaciones que tiene para la planeación urbana de las ciudades europeas guiada por un urbanismo que concibe la ciudad como espacio ordenado para la concreción de cuatro el trabajo, la recreación, el habitad conectadas por la circulación (constante que impide la concentración de individuos) (Lefebvre, 1973, p. 118). Pero también busca masificar las viviendas o alojamientos con el menor costo posible; haciendo del habitar una función guiada por cálculos económicos.

Lefebvre señala lo problemático de limitar la ciudad a una red de circulación y de comunicación entre los lugares de trabajo, ocio, comercio y de resguardo, pues implica una concepción funcional y racional que fragmenta la cotidianidad y el espacio urbano con la intención de crear individuos disciplinados para la reproducción del modelo económico imperante (Lefebvre, 1973, p. 118).

En este mismo orden de ideas, pero en décadas más recientes, encontramos que David Harvey (2014, p.100) señala el vínculo entre las dinámicas económicas y ciertas tendencias de la arquitectura que tiene como más relevante la producción de valor que las cuestiones asociadas al uso; de manera que las casas se tiene como un producto que genera un importante flujo financiero, que sigue coincidiendo a la casa como una máquina de habitar que además es muy rentable porque alimenta los mercados y la especulación económica. Así mismo, este es un modelo que genera la obsolescencia programada de los espacios (KOOLHAAS, FOSTER, p. 2013) debido a sus funciones acondicionadas y restringidas, obligando a construir constantemente pero adecuándose, supuestamente, a las necesidades y deseos de los usuarios. En vez de pensar en usos alternativos de los espacios ya construidos, en habitarlos de otro modo (MONTEYS, X.; CALLÍS, E.; PUIGJANER, 2009).

La preocupación de Le Corbusier por regular las rutinas y los usos de los espacios nos permite ver la importancia de la relación entre tiempos y espacios. Si los recorridos, los horarios, las actividades están reguladas, ¿cómo obtener el tiempo necesario para habitar o usar de esos espacios, si incluso el ocio se regula según un tiempo y una función? El fin de semana, todos deberían ir a los parques, centros deportivos o eventos culturales, en la épocas claramente marcadas por el calendario laboral deberían ir de vacaciones a aquellos sitios preparados para recibirlos. Esto nos lleva a preguntar: ¿Los desplazamientos regulados por temporadas se rigen por dinámicas económicas o que simulan dinámicas ecológicas de migración? ¿Es posible en las ciudades o regiones alguna resistencia al turismo?

Los cuestionamientos de Lefebvre y la Internacional Situacionista (Guy Debord y Constant) indican que tras las reformas urbanas primaban criterios económicos, funcionales, racionales en detrimento de otros aspectos de la vida urbana como la experiencia estética de la ciudad. Para los situacionistas era un punto crucial el interés

por el futuro de la ciudad, la arquitectura y el habitar pues, en tanto proyección espacial y temporal, son determinantes de las posibilidades futuras para la vida humana, al igual que el foco de atención de las luchas políticas y de encuentro entre el arte y la política. Un ejemplo de esto se obtiene al trazar el mapa de los recorridos anuales de una estudiante que va desde su casa a la Escuela de ciencias Políticas y a la clase de piano, formando un triángulo de desplazamientos reducidos (Debord, 1999, p. 50). Ante esto, Debord y los situacionistas plantean la deriva como procedimiento de desvío según recorridos fortuitos, no planeados ni utilitarios, sin estar reglados por funciones y tiempos rutinarios (Debord, 1999, p. 51). En una ciudad pensada para la efectividad en el uso de los espacios según tiempos determinados, la deriva situacionista propone perder tiempo para ganar espacios.

En lo que respecta a las cuestiones tecnológicas, de comunicación y desplazamiento que alteran el modelo de ciudad, Derrida remite en varias ocasiones al ensayo "The post-city Age" de Melvin Weber que trata sobre la "reconstrucción" de la ciudad de Los Angeles tras los disturbios de 1965; por lo tanto, supone otro contexto económico, social y tecnológico que el nuestro o el de la década de 1990, cuando Derrida escribe los textos que estamos discutiendo. No obstante, también aporta elementos de debate, pues Webber plantea que la ciudad no se reduce ya al centro localizado y que no es solamente un escenario de producción de bienes sino también de servicios y es una fuente de información. De manera que la sociedad norteamericana de la década de 1960 es vista por Webber como una sociedad en la que el conocimiento y la información tienen una gran importancia. Igualmente, el conocimiento se deslocaliza, no depende de lugares geográficos fijos. "Por su propia naturaleza, el conocimiento no es específico de las ciudades ni de las naciones" (Webber, 1968, p. 1099). Esto lleva a Weber a decir que no es suficiente un abordaje de las problemáticas urbanas desde lo local, sino que hay nuevos escenarios, puesto que el trabajo o las interacciones con otras personas no tienen ya las mismas limitaciones temporales y espaciales que tenían antes.

De los planteamientos de Webber, Derrida retoma, entonces, los que tienen que ver con los medios de comunicación instantánea y a distancia, así como las interacciones no reducidas a lo local y a pesar de la dispersión espacial, gracias a la posibilidad que los medios de transportarse ofrecen. Es decir, los límites espaciales no son tan rígidos, las situaciones no son del todo localizables. En ese contexto, dice Weber,

Estamos pasando por una revolución que dinamiza el proceso social de urbanización. Un nuevo tipo de sociedad urbana de gran escala está emergiendo y es cada vez más independiente de la ciudad. En consecuencia, los problemas del lugar de la ciudad generados por la temprana industrialización están siendo suplantados por un nuevo ordenamiento de diferente tipo (Webber, 1968, p. 1092).

No obstante, al igual que ocurre con, Le Corbusier, en los planteamientos de Weber hay una intención de mejoramiento social, pues considera que las diferencias sociales se pueden minimizar, que es posible una movilidad social y económica gracias a esas nuevas tecnologías y condiciones de acceso al conocimiento. Sin embargo, desconoce que se genera nuevas dinámicas de exclusión.

Por otra parte, los planteamientos de Le Corbusier también contrastan con los de Rem Koolhaas a propósito de *La Ciudad Genérica*. Con este término, Koolhaas se refiere a la ciudad que ya no se rige por los criterios del urbanismo moderno ni corresponde a sus diagnósticos.

La ciudad genérica supone mutaciones e interferencias en la memoria e identidad que

definían el modelo de ciudad que se guía por "una tradición difícil de restaurar y que hallaba en los principios del humanismo las referencias programáticas para pensar el proyecto... *La ciudad genérica* produce un nuevo ser social, construido desde la materia híbrida de las diferencias, de las ausencias forzadas por la distancia del lugar de origen, de su voz suspendida, de la mirada extraviada" (Jarauta, 2010, p. 234). En la ciudad genérica lo arquitectónico y habitable están permeados por el ciberespacio y la tecnología, esto es un punto en común entre Derrida, Webber y Koolhaas, puesto que, como indica el arquitecto:

La Ciudad Genérica es lo que queda detrás de grandes secciones de vida urbana cruzadas con el ciberespacio. Es un lugar de sensaciones distendidas y débiles, pequeñas y lejos de las emociones, discretas y misteriosas como un gran espacio iluminado por una lámpara de mesita de noche. Comparada con la ciudad clásica, la Ciudad Genérica esta sedada, usualmente apreciada desde una percepción sedentaria (Koolhaas, 2007, p. 15).

Lo cual remite a los planteamientos sobre la artefactualidad o la cribación técnica de lo que es la actualidad, el presente y la ciudad, pero también se relaciona con una época en la que la ciudad debe ser pensada de otro modo acorde con la *post-city Age*. Un modo televisual del fax que comunica entre cualquier lugar aunque remita al papel:

Es necesario insistir en la artefactualidad porque esta nueva estructuración política del espacio público y privado no puede fingir más que confiar en la oposición de lo auténtico y de lo inauténtico, de lo real y del simulacro, del tiempo real y del tiempo diferido o reconstruido. ¿Qué es lo que *llega* por el *fac simile* (es decir, la telecopia *del fac simile* que puede reemplazar de modo no inmediato pero *cuasi*-inmediato todo aquello que es iterable, por lo tanto todo, todo aquello que uno puede determinar, decir, ver y mostrar) (Derrida, 2015, p. 290)

Como hemos mostrado, Derrida cuestiona las condiciones que las nuevas tecnologías de la comunicación ofrecen para pensar de otro modo la ciudad, pero también el ejercicio mismo de la arquitectura; a propósito de este tema, acuña el término *faxitextura*; ya que el fax, el teléfono, la internet, la vigilancia que se realiza a través de estos espacios virtuales, cuestionan las nociones precedentes de la ciudad, de la organización política establecida en un territorio delimitado. Asimismo, el componente de la presencia, de la representación y de la identidad de la ciudad se ha puesto en debate. Todo esto nos lleva a indagar por los conceptos, las escalas o patrones de determinación que una pregunta (filosófica o no) por las ciudades involucra.

Bibliografía

ASCHER, Françoise. *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.

DEBORD, Guy. "Teoría de la deriva". In: *Internacional Situacionista*. Vol 1. La realización del arte, Madrid: Literatura Gris, 1999.

DERRIDA, J. *De la gramatología*, México: Siglo Veintiuno, 2005.

DERRIDA, J. *Artes de lo visible (1979-2004)*, trad. J Masó, J. Bassas. España: El Lago Ediciones, 2013.

DERRIDA, J. *Les arts de l'espace: Écrits et interventions sur l'architecture*. Paris: Éditions de la différence, 2015.

HARVEY, David. *Cidades Rebeldes*. Martins Editora Livraria Ltda. São Paulo. 2014.

HERTZBERGER, Herman. *Lições de Arquitetura*. Martins Fontes. São Paulo. 2006.

JARAUTA, Francisco. *Construir la ciudad genérica*. 2010. Disponível em: http://www.laciudadviva.org/opencms/export/sites/laciudadviva/recursos/documentos/Francisco_Jarauta__Construir_la_ciudad_generica.pdf-2f53482e4d66a1bb8590bd6b6c5bdfb7.pdf - Acesso em: 1 jan. 2018, 12:40:30.

KAFKA, Franz. *La muralla china*. Buenos Aires: Alianza editorial, 1975.

LEFEVBRE, Henry. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1973.

KOOLHAAS, Rem. *La ciudad genérica*. Barcelona: Gustavo Gili, 2007.

KOOLHAAS, Rem, FOSTER, Half. *Junkspace with Running Room*. Notting Hill Editions.
MONTEYS, X.; CALLÍS, E.; PUIGJANER, A. *El arte de aprovechar las sobras*. Revista Quaderns d'Arquitectura i Urbanisme, no 259. Seccion: Domèstica. Editorial COAC. Barcelona. 2009.

WIGLEY, Mark. *The Architecture of Deconstruction: Derrida's Haunt*. Massachusetts: MIT Press, 1993.

WEBBER, Melvin. *The post-city Age*. *Daedalus*, v. 97, n. IV, pp.1091-1110, 1968. Disponível em: <https://www.jstor.org/stable/i20013409>